V

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Gran merced te ha hecho el cielo, mi querida hermana, al separarte del lado de Luisa, tu opulenta amiga; pero trata ahora de vencer la envidia culpable y vergonzosa que te inspiraba, para que cuando vuelvas á verla puedas tambien ver con una noble serenidad del ánimo las ventajas que ella posee, y que el cielo no ha querido en sus altos juicios concederte.

Porque era envidia, mi pobre y querida hermana, lo que tú sentias por Luisa; indigna y vergonzosa envidia. ¡Ay, Laura mia, qué terribles estragos hace en nues-

tra sociedad esa ruin pasion! ¡Y cómo reina en nuestra patria, y cómo aniquila toda grandeza, toda iniciativa generosa, todo proyecto noble y elevado!

Yo no he conocido jamás la envidia, por una razon acaso egoísta, puesto que en la pobre naturaleza humana, á los instintos sanos y buenos va siempre mezclada alguna debilidad censurable; no he envidiado nada jamás, porque sé que en esta vida está todo compensado y que nadie hay completamente dichoso.

Tu amiga Luisa tendrá, sin duda alguna, más penas en su opulencia que tú en tu modestísima medianía. ¿Crees acaso que las personas que se dejan dominar por los goces de la vanidad, las que consagran su vida entera al pueril objeto de *producir efecto*, no sufren mucho tambien? ¿Crees que no tienen decepciones y desengaños? Te equivocas mucho si eso piensas, mi amada Laura: en el lujo, en la ostentacion hay siempre un *más allá*.

La vida tiene un objeto más serio y más

noble que el de la vanidad; el que no halla la dicha dentro de sí mismo, en primer lugar, y despues, dentro de las paredes de su casa, es inútil que la busque en ninguna parte, porque jamás la encontrará.

La gran ciencia de la vida es la resignacion; sabe, Laura mia, vivir con poco y estar contenta con lo poco de que vivas;—piensa, cuando al volver á Madrid veas á Luisa, no en lo dichosa que ella es, sino en los que son mucho más desdichados que tú, en los que no tienen pan ni albergue, en los que ansían lo que no pueden alcanzar; son dos clases distintas de mendigos, y creo que los segundos son más dignos de compasion que los primeros.

En todas partes tenemos elementos de ventura, si sabemos utilizarlos; ahí mismo, en Valdepaz, has hallado para tu corazon una calma deliciosa; nuestra madre y nuestra abuela se complacen en la amistad, en el ameno y sencillo trato del señor cura y de su madre, de ese sacerdote ilustrado y de esa anciana que ha pasado su vida en la

33877
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

santa paz de los campos, sólo atenta al cumplimiento de su deber, pero cuya clara razon y entendimiento penetrante alejan de ella toda vulgaridad y hacen su conversacion variada y discreta.

Trata de parecer amable á Fernanda, la hija de esta excelente señora, que debe ser muy modesta y muy buena. En Inglatera, donde los ministros de la Iglesia son casados, ofrecen las familias de éstos los más gratos cuadros de la paz doméstica y de la virtud ilustrada y amable; muchas jóvenes de la clase media se casan con pastores protestantes, y una mujer ilustre por su talento, Mistris Enriqueta Beecher Sthowe, autora de *La Cabaña de Tom*, de *La rosa the* y de otras novelas de primer órden que le han dado mucha gloria y gran fortuna, era solo la esposa de un ministro protestante; ella misma dirigia una escuela, y no se desdeñaba, en tanto que escribia, de mirar el asado que daba vueltas sobre las ascuas y que debia servirse en la alegre mesa donde se sentaba con su marido y sus hijos

La honrada familia del señor cura me parece tambien que ha de presentar un interior agradable, tranquilo y lleno de alegría; esa niña que vive amparada por la religion y por el amor maternal; ese jóven sacerdote, convertido por su noble carácter y por los merecimientos de estudios brillantes en padre de sus feligreses; esa anciana que ama y venera á su hijo, y le cuida á la vez que le respeta, son tres séres buenos, ejemplares, que no pueden ménos de producir un hermoso conjunto.

Mi amada hermana, aprende la virtud en el gran libro de la vida; lejos de imitar á esos infelices séres que van buscando afanosos la cizaña, procura hallar en el extenso campo de la existencia el dorado grano de trigo, y utilízalo para sembrarlo en tu alma, donde dará rica cosecha para tu edad madura; aprende de cada una de las personas que trates lo que tenga de bueno, y huye de sus defectos; y sobre todo, lleva este principio ante los ojos de tu razon: sé severa para tí é indulgente para losdemás.

No será extraño que vaya Luisa á ese pintoresco pueblecito, que este año está de moda, segun nuestra madre me escribe; si va, sepárate algun tanto de su trato, pero sin herirla y sin que ella lo conozca; tus estudios, el cuidado de aliviar á nuestra madre en los quehaceres de la casa, te servirán de motivo plausible; no se debe chocar con nadie en la vida, porque si es peligroso herir ideas, lo es más el herir personas; pero se puede siempre retirarse políticamente de un trato que no nos conviene.

Sobre todo, Laura mia, ahoga ese vergonzoso sentimiento de la envidia que ha empezado á germinar en tu corazon; esa atraccion, esa fascinacion de que me hablas, era el ansia de contemplar una riqueza que te estaba vedada por el destino; ese dolor era hijo de no poderla poseer. Vé poco á Luisa si va á Valdepaz, y vé mucho el campo; la contemplacion de la naturaleza, siempre bella, siempre pura, siempre jóven y tranquila, eleva el alma y nos hace

pensar en nuestro Padre celestial, creador de tantas maravillas y del alma que puede y sabe admirarlas.

Un abrazo te envia con todo el corazon tu hermana

Matilde.»

VI

LAURA A MATILDE.

»VALDEPAZ, 18...

Ya han llegado, en efecto, Luisa y su madre, mi querida hermana. Mamá lo sabía sin duda cuando te lo ha escrito; pero á mí me lo calló, conociendo como tú lo que sufria al ver la dicha perpétua en que creo vive mi amiga; y digo *creo*, porque aun no se ha alejado de mi espíritu esta conviccion.

Ayer estaba yo asomada con mamá al gran balcon de piedra que cae sobre la puerta del palacio, y vimos pasar á Luisa á caballo, acompañada de la condesita de G..., amiga suya, y de algunos caballeros;

Luisa vestia una elegante amazona de merino verde oscuro y un sombrero á la inglesa con velo del mismo color; por la abertura que dejaba la amazona en el pecho se veía un chaleco blanco y una rica pechera de encaje; sus cabellos rubios flotaban en largos rizos por su espalda, y en su pequeña mano, cubierta con un guante anteado, llevaba un látigo con puño de oro.

Luisa alzó la cabeza y me saludó amablemente; siempre ha sido conmigo muy afable, y desde que ha llegado pienso en que de ningun modo me conviene dejar su amistad, que puede tener base sólida á causa de que desde hace tiempo se visitan nuestras madres. Figúrate que la que sea amiga de Luisa, más amiga de lo que yo queria ser, podrá ir con ella al teatro todas las noches, porque su madre está siempre abonada á dos de los mejores de Madrid; irá á paseo con ella en un soberbio carruaje, asistirá á los bailes y conciertos que se dan en su casa, y disfrutará, en una

palabra, de una serie no interrumpida de diversiones.

Luisa es amable, expresiva, cariñosa, si bien un poco dominante: su madre la adora, porque es su hija única, aunque tiene tambien un hijo que ahora se halla en un largo viaje. Y sin embargo de todas sus ventajas, Luisa no tiene ninguna amiga de confianza: ¿no es esto extraño, reuniendo circunstancias tan brillantes?

Huyendo de unas calenturas epidémicas que reinan en Madrid, se han refugiado aquí algunas otras familias; vienen en busca de aire puro y de quietud para su ánimo, agitado desde hace algunos dias por un contínuo terror; por lo que toca al sosiego, no les ha de faltar aquí, pues esto se asemeja al valle del silencio.

Algunas de las jóveues recien llegadas solicitan mi amistad: dos, sobre todo, me hacen conocer de todos los modos posibles que desearian conmigo la intimidad del afecto, y yo, hermana mia, siento en el corazon como una sed de simpatía y de ex-

pansion que hasta ahora no habia experimentado. Tú, la más querida y la más indulgente de mis hermanas, estás lejos de mí, ¡y deseo tanto una amiga! ¡me parece que ha de ser tan dulce la intimidad del pensamiento!

Pero á la vez que deseo el trato cariñoso con una jóven de mi edad, lo temo: he oído decir tantas veces que la amistad no existe, que temo mucho un amargo desengaño.

Una de las jóvenes á cuya familia hemos visitado, y que se muestra conmigo muy amable, vive con su padre y con una tia, hermana de éste, pues perdió á su madre hace ya algunos años. Amalia, que así se llama, es muy alegre y tiene una gracia inimitable y un chiste tan lleno de encanto, que disipa la tristeza de todo el que la oye; esta jóven no se ocupa de otra cosa que de los cuidados domésticos, y esto dice que lo hace *para pasarlo mejor;* es decir, que se cuida del arreglo de la casa para su comodidad, y del buen órden de la cocina para tener mejor mesa.

Me dice que ni la lectura le interesa, ni las labores le agradan, ni el teatro tiene para ella ningun atractivo; no qniere leer historias que le hagan llorar ó sentir; no le gustan labores delicadas que fatigan la vista, ni quiere ver obras teatrales que le hagan conocer desdichas que ignora.

Amalia es bonita, pero nada concede á la coquetería, al deseo de adornarse, tan natural en las jóvenes: á la edad en que todas deseamos un traje ó un adorno, ella desea solamente que la dejen dormir una hora más ó saborear un plato delicado.

La otra jóven recien llegada es hija de una viuda que depende de una pension muy corta de Monte-pío; esta señora está dotada de una distincion que ha comunicado á su hija Lucila. Madre é hija inspiran aquí generales simpatías. Lucila borda todo el dia telas muy delicadas para uno de los más lujosos almacenes de lencería que hay en Madrid, y su madre, cuya salud es siempre endeble, se ocupa en arreglar la casa con la ayuda de una aldeanita

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

que han tomado para criada y que desempeña los quehaceres más rudos.

Lucila no asiste á ninguna de las comidas de campo, á ninguno de los bailes y conciertos que aquí tienen lugar; es una jóven dulce, modesta y de carácter algo tímido; van á misa los domingos madre é hija, tan elegantes como la que más, con unos sencillos trajes negros de seda, muy bien hechos y adornados con gusto y sobriedad; los encajes, los guantes, la lencería que usan es de primera calidad: nada vulgar, nada que indique el *quiero y no puedo*, se ve en ellas; algunas tardes pasean madre é hija, siempre solas, pero hablando como dos amigas que se comprenden bien, que se aman con el alma.

La criadita de esta señora ha regalado á Lucila dos macetas, una de sándalo y otra de reseda; entre estas dos plantas se ve por la tarde la rubia cabeza de Lucila inclinada sobre la batista que borda. Mamá y yo hemos visitado á estas señoras ya dos veces, y ellas nos han devuelto las visitas; pare-

ce que les somos simpáticas, quizá ¡ay! porque nuestra pobre fortuna es aquí la más semejante á la suya! ¡Porque ellas y nosotras estamos muy lejos de la riqueza que hace brillar á Luisa lo mismo aquí que en Madrid!

Laura.»

VII

MATILDE A LAURA,

«PARIS, 18....

No me escribas con tanta frecuencia, hermana mia; casi todo lo que me dices necesita respuesta, y antes de manifestarte mi parecer en algunas cosas, es inútil y hasta peligroso el que me hables acerca de otras: mi silencio podria parecer aquiescencia ó tolerancia que no debo tener contigo, porque alimentas ideas muy erradas, y en algunos puntos muy dignas de censura.

Tu manía de ser rica, y la especie de adoracion que rindes al dinero, son, á mi modo de ver, tan ridículas como culpables.

La bella, discreta y elegante Condesa de Genlis decia, dirigiéndose al que tiene en su mano todos los tesoros de la tierra:

—¡Señor, libradme lo mismo de la opulencia que enerva y sumerge en la ociosidad, que de las angustias de la miseria, y dadme la dulce y suave medianía que impide la ambicion y mata la hidra de los deseos codiciosos!

La que esto pedia, Laura, la que esto consiguió—porque el amoroso Padre que está en los cielos acoge siempre los deseos justos,—era una mujer tan distinguida, tan delicada, tan encantadora, que cuando despues de la época del terror subió al trono de Francia Napoleon I, la llamó para que abriese un salon á los restos diseminados de la nobleza.

—Reunid á vuestros amigos, señora—le dijo,—y vuestro ejemplo reanimará el gusto de la cortesía, de la elegancia y de la cultura, que se ha extinguido bajo rios de sangre, oprimido por los desórdenes del populacho.

Así se hizo, y bajo la dulce influencia de una mujer distinguida volvieron los suaves y elegantes modales, la conversacion amena y el agradable trato olvidado durante largo tiempo.

Ya en otra carta te encargué leyeras la preciosa novela de Mr. Conscience, titulada *La dicha de ser rico*, y verias adónde puede conducir una gran fortuna; creo que no has seguido mi consejo, y que, por el contrario, lees todo cuanto llega á tus manos, sin discermiento y sin admitir direccion.

Dejemos esto por ahora, y hablemos de la amistad y de esas dos jóvenes que parecen desear la tuya, y á las que tú á tu vez desearias dar tu afecto.

Toda mi vida he oído afirmar que la amistad no existe, y creo, en efecto, que es rara en el mundo; mas ¿por qué causa? Sin duda porque la base en que se suele apoyar es tan falsa como la que tú imaginas para la tuya. La desigualdad de las posiciones es mortal para la amistad, por-

que de esta desigualdad resulta una multitud de choques,una multitud de sufrimientos para la una parte y de pequeños triunfos para la otra, que son otros tantos enemigos de la cordialidad y del cariño.

No, Laura mia; no quieras estar colocada en la escala social ni más alta ni más baja que tu amiga; no quieras, en amistad, ni hacer honor ni recibirlo; no te conviene la amistad de Luisa, á pesar de cambiarse algunas visitas entre su madre y la nuestra, porque su posicion es más alta y ventajosa que la tuya, y porque la altivez de su carácter no le ha permitido jamás una afeccion durable.

En amistad no debe recibirse sino lo que se puede devolver; lo contrario es caer en un rebajamiento moral que nos enajena la estimacion de los mismos cuya amistad deseamos; es someterse á una dependencia que tiene mucho de humillante, y que tu carácter delicado y susceptible no podria soportar durante largo tiempo.

Queda, pues, resuelto lo que concierne

á tu intimidad con Luisa, y permite que te aconseje lo mismo acerca de la que pudieras tener con la señorita Amalia.

El tomar la vida solo por el lado material y egoísta, es censurable en el hombre y dice poco en favor de la elevacion de su alma. Pero es odioso en la mujer, que debe vivir solo por el sentimiento y para el sentimiento.

Amalia es una triste anomalía sn su sexo y en su edad. Más simpática es á mis ojos la marisabidilla Aghata ó Agueda, porque ama una cosa grande y buena. Agueda ama el estudio y tiene la noble ambicion de sobresalir por su talento. Agueda, si se casa con el abogado, será una buena esposa y ayudará con sus consejos á su marido.

Las mujeres de la especie de Amalia se inmolan á lo más material, á lo más miserable que existe. ¡No querer pensar ni sentir! ¡no desear más que comer y dormir lo más posible! ¡Ah! ¡esto es vivir en lo más oscuro y deleznable de la tierra, sin mirar jamás al cielo, patria del alma!

Piensa además, Laura, qué ternura puede existir en el corazon de una mujer que se rie y se burla de todo! ¿Qué habrá para Amalia de sagrado, de noble, de bello, de interesante? La reputacion de *chistosa* es mortal para una jóven, porque se halla en completa oposicion con todas las leyes del pudor, de la dulzura y de la reserva. Prefiero que seas una mujer sentimental y que tengas á cada instante los ojos llenos de lágrimas, á verte reir de todo y de todos, porque la risa destemplada, *brutal*, por decirlo así, es tan estúpida como mala y como enemiga de la distincion y del decoro.

No dés nunca ni la menor parte de tu corazon á una mujer de ese carácter; no la desees ni la aceptes por amiga: la insensibilidad es hermana del egoismo, y tú, que tienes un corazon noble y tierno, serías su víctima.

Comprendo, Laura mia, la necesidad de afectos que sientes: cuando el corazon se despierta en la mujer, desea la amistad; tiene aun más necesidad de amar que de ser

amada; y es que sintiéndose aún bajo el dulce calor del ala maternal, bajo la tierna proteccion del cariño paterno, ansía dar alguna parte de aquello que recibe.

Yo deseo tanto como tú el que tengas una amiga; una amiga que te ame y te comprenda; una amiga cordial, de corazon sensible, y que tome en tus penas una parte activa y verdadera, como yo sé que la tomarás en las suyas.

Creo que esta amiga podria ser la amable y modesta Lucila; su posicion es parecida á la tuya; sus virtudes, su amor á su madre, su culto al trabajo, hacen su apología, y por cierto muy bellamente; su distincion, su aficion á las flores, te responden de la delicadeza de sus gustos, de la ternura de su corazon: hay pequeñeces que recomiendan á una persona, y que tratándose de una mujer, son muy significativas.

Imita su ejemplo, hermana mia; admira la dulce intimidad que la une á su madre; ¡qué santo y tierno lazo, qué noble simpatía la que viene aún á soldar el afecto

de esos dos séres! ¿Qué desgracia puede abatir á esas dos almas, así apoyadas la una en la otra? ¿Qué tormentas, qué sombras en el cielo de la vida pueden entristecerlas? ¡Oh sublime lazo del cariño materno y filial! ¡Feliz la que une á tí su existencia entera, la que halla en tí su amparo, su fuerza, su consuelo y su descanso!

Matilde.»

VIII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

En mi anterior carta, mi querida Laura te hablé de la amistad; ahora voy á hablarte del amor, empezando por esforzarme de nuevo en desimpresionarte de tu afan de ser rica.

No creas que exagero al decirte que la pena oprime mi corazon cada vez que leo en una de tus cartas que te casarás con un hombre que pueda ser tu abuelo, á condicion de que sea muy rico; que ansías, sobre todo, tener abono en los teatros, carruaje, criados, joyas, y que tu bello ideal es la opulencia.